

La santidad del oficio

Fernando Solana Olivares

Una paradoja cardinal impregna *El Santo Oficio*, de José Luis Martínez S., libro de género tan específico que llega a ser múltiple, de tema tan determinado y concreto que resulta ecuménico y general. Proviene del mundo paralelo del periodismo, de aquella cofradía humana regida por leyes y costumbres propias, plena de vocaciones existenciales cuya singularidad biográfica es una mera reiteración de la indispensable extravagancia gremial.

Quien lo escribe se define a sí mismo como un monje cartujo, un renunciante voluntario al espacio sensible, el cual sin embargo consigna desde tal distancia supuesta y mediante un Santo Oficio inquisitorial artificios retóricos que le sirven para lograr sus paradójicos y brillantes contrarios: el apartamiento como una cercanía somática ante lo contado, la santificación del oficio periodístico mismo como un reconocimiento de su insustituible valor civilizacional, la ironía como una función básica para la inteligencia recolectora que así recuerda y percibe, compara y provee.

José Luis Martínez S., el proteico autor de esta ya legendaria columna periodística, cuya selección por primera vez se reúne aquí en un volumen, ha pormenorizado en ella el registro de una época transcurrida y también la memoria nostálgica de un oficio y sus oficiantes, ahora en irreparable transformación tecnológica y acaso conceptual. Cualquier historia de las mentalidades podría nutrirse de esta bitácora de sorpresas y admiraciones, de reconocimientos y semblanzas, de declaraciones y testimonios, para escudriñar un campo semántico múltiple, un horizonte intelectual vinculatorio y reflejante.

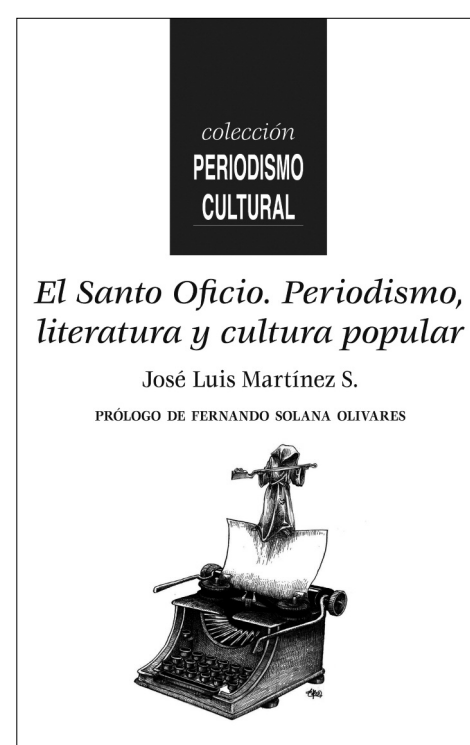
Pensar, diría la tradición pietista, es invariablemente agradecer. Escribir como lo hace José Luis Martínez S. también, pues

la memoria significa aquella función de la conciencia que se sabe integrante de lo humano: el ser, afirmarí el filósofo griego, está cifrado en lo que conoce, y mientras más conoce más logra ser. Con dicho talante, ejercicios mayúsculos de la pertenencia, este libro se divide en tres apartados: periodismo, literatura y cultura popular, entendidas como manifestaciones diferenciadas e indelebles de una sola realidad.

El primero de ellos, “Periodismo: la tinta y la imagen”, concentra la fiel membresía a un meritorio linaje descrito por Francisco Umbral, uno más de los muertos inolvidables que José Luis Martínez S. rememora cumpliendo la atávica sentencia de la cultura como un diálogo entre los vivos y los muertos: “El periodismo, pues, nace como género literario —siempre lo ha sido— y mantiene a los ciudadanos avisados, a las putas advertidas y al gobierno inquieto”.

Renato Leduc (hablar de él “es darle coscorrones a la solemnidad y a la tristeza”, anota el cartujo), José Alvarado (“murmullos de otros tiempos, historias, anécdotas y recuerdos de lugares y personajes cuyo anacronismo los vuelve acaso más entrañables”), Juan Rejano (“amable y enérgico, comprensivo y riguroso con los jóvenes, ameno como sus *Cuadernillos de señales*, la columna donde abordaba los más diversos temas”), Fernando Benítez (“en esta época de disparates y confusiones se extraña a los maestros, exigentes y con el humor como navaja de afeitar”), Huberto Batis (“no necesitábamos enemigos, nos quemábamos solos”), Francisco Martínez de la Vega (“no creerse el poseedor de la verdad ni el más honrado del país y todas esas expresiones de vanidad que son realmente insustanciales”), o Ryszard Kapuściński (“el principal peligro es la rutina; el periodismo es un acto

de creación”), entre otros consagrados o aun sencillos nombres de la adictiva pasión insomne y a veces correspondida que vive todo periodista de cepa, aparecen en este libro mediante veloces trazos prosísticos que en su vértigo componen una galería de magisterios ejemplares, de vidas inolvidables, de genealogías vigentes: la vieja guardia —título de un libro del mismo José Luis Martínez S. editado en 2005— inventariada por quien vive el presente como una continuidad activa entre el hoy y el ayer, buscando en ese vínculo las lecciones canónicas de vigencia intemporal, la alta cognición de lo inmediato vuelto trascendente porque el milagro de la mirada que comprende está aquí, entre lo diario, en lo meramente común. O también la nueva guardia periodística, la mención de aquellos artifices contemporáneos que integran el denso tapiz gremial.





José Luis Martínez S. y Héctor Aguilar Camín

“Todo reportero de verdad —establece José Alvarado, citado por el memorioso cartujo— aspira alegría en los olores de las cosas y cree en la armonía de los seres. Todos los objetos poseen brillo ante sus ojos y en cada hecho se adivina un mensaje y un sentido. Todo se torna inteligible y conduce a la emoción. No existen los reporteros ciegos, ni los reporteros sordos”. Tales iluminaciones profanas guían la sensibilidad de José Luis Martínez S. tanto como su intuición: lo extraordinario en lo ordinario, el signifiante revelador que surge en cualquier humilde significado.

Este recuento del guardián de la memoria periodística es, asimismo, la suma de las pérdidas sufridas, el detalle de una impredecible y debilitante transformación que va cercando al periodismo y a sus bienes básicos, apenas hace poco de primera necesidad cultural. “Ya nada es igual —escribe José Luis Martínez en un texto críticamente entrañable dedicado a la memoria del periodista Jorge Luis Espinosa—. En casi todos los diarios y revistas cada vez son menos los espacios para las entrevistas, las crónicas o los reportajes de gran aliento, cuando lo importante son el diseño y las fotos y los entresacados y los sumarios y las numeralías y las infografías, y todas esas cosas bonitas pero tantas veces insustanciales, pensadas para los pasahojas y no para los lectores”.

En ese perentorio “ya nada es igual”, José Luis Martínez S. consigna un fenómeno determinante pero hasta ahora desatendido como un indicador de la barbarización mexicana: la desaparición de las secciones y la liquidación de muchos su-

plementos culturales en casi todos los principales diarios nacionales, “por razones no periodísticas sino económicas”. El *Homo videns* va hegemonizando el medio por excelencia que hasta hace menos de una década fue del ahora acosado *Homo sapiens*, del lector cada vez más combatido.

El segundo apartado de este libro, “Entre libros y autores”, agrupa las señas de identidad literarias de José Luis Martínez a través de libros y escritores definitivos: Jorge Semprún, Carlos Fuentes, José Emilio Pacheco, Gabriel García Márquez, Juan García Ponce, Francisco Cervantes, José de la Colina, Jaime Sabines, Eduardo Lizalde, Mario Vargas Llosa, Jorge Luis Borges, Julio Cortázar o Juan Gelman, de la misma manera que atiende la obra de autores más jóvenes como Iván Ríos Gascón o Adriana Malvido, de autores dedicados a disciplinas humanísticas como Clementina Díaz y de Ovando o Eugenia Meyer, y aun de autoras de literatura popular como Corín Tellado, una muestra más del ecumenismo poliédrico, de la iconoclástica y por ello múltiple mirada del voraz cartujo: “El conocimiento y la comprensión —escribe en uno de sus textos—, ahí está el principio de la amistad y del amor”. Sí, sólo se ama lo que se aprehende, lo que se lee atentamente, lo que se vuelve personal al conocerse bien.

En este orgullo borgiano del ser lector antes que escritor, José Luis Martínez S. advierte, de pronto y como al pasar, un pendiente escritural: su obra literaria propia, pospuesta en la brega periodística u ocultada quizá con pudorosa discreción. Empero, *El Santo Oficio* es alta literatura pues

alumbra aquellas zonas del ser, así sea a partir de la obra de otros, que van mostrándose como un espíritu de la época donde se mezclan el crítico y el autor, el lector y la lectura, la admiración ante ella y su apropiamiento analítico. Es decir, la acción de la escritura.

La tercera parte del libro dedicada a la cultura popular contiene una de las pasiones de José Luis Martínez, la música y sus hacedores, en un ancho abanico donde caben desde Chavela Vargas hasta Kurt Cobain, desde Bob Dylan hasta Frank Sinatra, desde Sting hasta Rostropovich, reiterando con ello otra convicción incuestionable que abona la educación sentimental del autor: sin la música la vida sería un error. Están también artistas plásticos y cómicos vernáculos, películas eternas y seductores míticos, amantes célebres y taconazos encendidos. Están la noche y el antro, la tertulia de cantina y el viático de la amistad. La anécdota meritoria, la picardía mexicana, el tabernario impar. Y su denominación es polifonía: las voces múltiples del existir.

Tuve el privilegio de publicar en el suplemento cultural *Dominical* del ahora extinto *El Nacional*, durante un corto pero intenso verano de la energía periodística creativa, varios textos de *El Santo Oficio*. Al leerlos ahora en esta selección afortunada confirmo que la urdimbre de nuestro tiempo cultural, político y social se conserva en las páginas de José Luis Martínez S., un custodio, como querría Canetti, de las metamorfosis humanas.

El presente del pasado, acaso nuestro único atisbo del presente del futuro, aliena hoy en este presente del presente agustiniano. Presente en la doble acepción del término: un obsequio inesperado, una constancia vital. Bendito sea este monje cartujo de la memoria y de la prosa exacta: sus muchos más de cinco lectores se lo agradecemos porque su paisaje de la época es una magnífica plegaria cultural e ilustrada que alivia de la precariedad actual. Vivir no es necesario; leer, escribir, recordar y reconocer lo que se vive, sí. Entonces, José Luis Martínez S. es necesario. **U**

José Luis Martínez S., *El Santo Oficio. Periodismo, literatura y cultura popular*, Conaculta, México, 2013, 356 pp. Colección Periodismo Cultural.